

NOTAS

AMERICO CALI: PRESENCIA CULTURAL Y POETICA DE MENDOZA

Silvia Calí de Doedderer

Disponerse a escribir sobre un autor y su obra presupone casi, indudablemente, la consulta y el rastreo bibliográfico, la lectura y relectura de la producción, la intención de interpretar lo más fidedignamente posible sus ideas, el logro de una conciliación con su campo emocional, el alcanzar la conclusión sutil. En este caso, voy a prescindir, de alguna manera, de este trabajo de rigor ya que me referiré según lo que el recuerdo y la evocación puedan hacer llegar a mi mente, a Américo Calí, mi padre.

Frente a un caso de esta naturaleza, no es fácil ser objetivo -o, quizá, no se quiera serlo- en consecuencia la perspectiva personal y la afectividad llegarán inevitablemente más de una vez porque está presente lo que yo también vivencié y quedó en mi espíritu -en nuestro espíritu de familia- como patrimonio intransferible.

Mi propósito es trazar una semblanza, una imagen tal del hombre dedicado a la vida cultural de Mendoza, nacido con la pasión de la poesía, que deje en quien se aproxime a estas páginas una impresión válida sobre su constante actuar en el entorno cultural de la provincia -a veces del país-, sus concep-

tos sobre poesía y, por qué no también, su forma de tomar la vida.

Nacido en Rivadavia en 1910, sus setenta y dos años de vida quedaron concertados en una vocación inquebrantable: la docencia, en un destino no siempre concedido a todos: el crear poesía, en una franca afición: el difundir cultura, junto al ejercicio de una profesión llevada con lírico ministerio.

No redujo su vida a las limitaciones en que lo hubiera sumido un medio -en aquel momento- sin posibilidades; por el contrario, adolescente, llegó a la ciudad, la Mendoza de 1925, para concluir los estudios en la Escuela Normal con la inquietud de empezar un camino que le permitiera, espiritual e intelectualmente, desplegar su riqueza de vida.

Hijo de inmigrantes que trabajaban la madera, aprendió primero la lengua dialectal del sur italiano en un clima en donde las canciones populares italianas y los fragmentos de ópera alternaban con la nostalgia del mar lejano. No obstante, a los seis años comenzó a asimilar la lengua castellana de la que podría más tarde enseñorearse para aprehender la realidad y suscitar la creación por medio de la transfiguración poética, porque si bien amaba y respetaba su origen italiano, no dejaba de amar su país, su idioma, su historia, su literatura. La literatura argentina fue uno de sus grandes amores.

Américo Calí abrigó desde muy joven una gran inclinación por todo lo que significaba la cultura. Si bien vivió físicamente alejado de los medios literarios más importantes, estuvo siempre atento a ellos, sensible para reencontrarse ya fuera por la correspondencia, por la actualización bibliográfica o por la posibilidad del viaje allí donde una exhalación de cultura se advertía, allí donde la literatura parecía tener un centro de residencia.

En su juventud, el contacto con la ciudad de Córdoba, por sus estadías como estudiante universitario, le permitió incursionar en algunas librerías que se convirtieron luego en constante fuente de búsqueda de temas de interés; por otra parte, sintió la necesidad de intercambiar palabras con quienes ya sustentaban sólidas ideas en lo estético o sus nombres ya tenían un significado en la literatura. Recuerdo cuando contaba acerca de su llegada a la casa de César Fernández Moreno. Fue una de las primeras veces que viajó a Buenos Aires con la intención de extender sus miras literarias.

La inquietud por la actualización bibliográfica, fuera por medio de la revista o el libro, mantuvo ávido su espíritu. Poseedor de una vasta biblioteca -hoy nuestra herencia espiritual- comprende un destacado sector de literatura argentina como así también importante material de carácter hemerográfico.

El Dr. Domingo Buonocuore en *Elementos de bibliotecología*, tercera edición de 1952, ya cita nuestra biblioteca como una de las bibliotecas privadas meritoria para señalar en la República. Durante treinta años más, con fervor casi místico, fue incorporando cotidianamente uno y otro volumen. No cesaba de confesarse un apasionado del libro y reconocía su condición de bibliófilo como una "fatalidad de vida".

Reinaldo Bianchini, quien fuera amigo entrañable de mi padre, me envió en una oportunidad unas palabras referentes a una pregunta que yo le había formulado sobre la revista *Egloga*. Una parte de esa carta dice:

"El fenómeno de aglutinamiento de las generaciones literarias da lugar a la aparición de revistas en donde se expone el pensamiento o el arte de quienes buscan expresarse.

En Mendoza, las generaciones anteriores al 40 carecían

de ello (...) Por los primeros años de 1940 no había nada y eran muchos los que necesitaban dar a la consideración pública sus trabajos. Tomó esta iniciativa, tantas veces debatida en mesas de café, el más activo: Américo Calí¹.

Así, en noviembre de 1944 apareció el primer volumen de *Egloga*. Se publicaron doce números hasta octubre de 1946. Sé del esfuerzo que significó mantener firme la presencia bimestral de la revista que constituye, después de casi cincuenta años, un documento de la historia literaria argentina porque no sólo no dejaron de colaborar ninguno de aquellos que hoy marcan puntos de referencia en la literatura de Mendoza: Alfredo R. Bufano, Vicente Nacarato, Alejandro Santa María Conill, Reinaldo Bianchini, Diego Pró, entre otros, sino también aquellos que marcan época como integrantes de una destacada generación de escritores como fue la del 40; tampoco faltaron las figuras clásicas de la literatura chilena: Pablo Neruda y Juvencio Valle.

Egloga nació con el entusiasmo joven, con la urgencia de trabajar, de tender lazos comunicativos con todos los que se empeñaban en una sola cosa, con los que miraban hacia un mismo horizonte: la búsqueda de la verdad y de la belleza. Hoy *Egloga*, *Oeste*, *Pámpano*, entre otras, no son obras del pasado, por el contrario creo que la lectura de ellas reanima el espíritu de los jóvenes que se preocupan por los autores de su provincia.

Como algo casi inevitable, mi padre tuvo la necesidad de compartir su pensamiento y su profundo sentir estético con su semejante en el arte. Así, en otro tiempo, las caminatas por la Alameda, lo recuerda en *Herencia del árbol*, en la dedicatoria a Luis Kardúner: "Las lecciones, casi siempre camino de tu casa, se unían con el aire de la Alameda mendocina, entonces paseo de gente melancólica"², o las charlas de café, que conformaron verdaderas tertulias literarias.

No quiero dejar de mencionar un lugar de reunión por los años 40, me refiero al restorán situado en calle San Martín y Godoy Cruz; sé que allí se reunían jóvenes con inquietudes artísticas e intelectuales, sé que al grupo se unió varias veces Julio Cortázar con motivo de su estadía en Mendoza, cuando se desempeñaba como profesor en la Facultad de Filosofía y Letras.

Más tarde, hacia los años 50 y primeros años de la década del 60, la mesa de café tenía su sitio en la calle San Martín frente a la Iglesia de la Compañía de Jesús; allí, los sábados, y durante muchos años, acudieron Ricardo Tudela, Juan Draghi Lucero, Alejandro Santa María Conill, Vicente Nacarato, Reinaldo Bianchini, Alberto Cirigliano, Humberto Crimi, Américo Calí. Eran los integrantes, entre otros, de la Sociedad Argentina de Escritores de la que mi padre fue presidente durante tres períodos. Luego, esas reuniones, poco a poco, se fueron perdiendo, tal vez por la desaparición de uno de ellos. La muerte de Alejandro Santa María Conill hizo, posiblemente, que el grupo no tuviera la misma fuerza de convocatoria.

Ocupar, durante diez años, la Dirección del Departamento de Extensión Universitaria de la Universidad Nacional de Cuyo fue un aporte para nuestra cultura provincial. Desempeñó ese cargo con la claridad de que la Universidad debía hacer llegar a su medio los valores de la cultura nacional -e internacional- de una manera viva.

Fueron muchas las actividades que se concretaron: ciclos radiales y de cine, conferencias y publicaciones, jornadas y actos de difusión cultural, el arribo constante de figuras literarias nacionales y extranjeras.

Fueron muchos los que vinieron en aquella época.

Entre los argentinos no puedo dejar de mencionar a Borges quien llegó acompañado por doña Leonor Acevedo de Borges, a Ezequiel Martínez Estrada y a su esposa Agustina, a Manuel Gálvez y a Delfina Bunge de Gálvez. Todos dejaron su palabra sabia no sólo por medio del acto formal y académico sino también por medio de la charla más íntima y familiar.

Del extranjero, mencionaré sólo a dos que por su singularidad quedaron en mí más grabados. Me refiero a Lanza del Vasto y a Nicolás Guillén. El primero, con su estampa patriarcal, dejó asentado en un misal de la casa la esencia de su pensamiento en pro de la paz y de la no violencia: "Pax Domini"; el segundo dejó inmerso su sello porque con voz grave y sonora recitó poesías, entre las que no faltó el canto de "Sóngoro Cosongo"... Fue una época de continuo e intenso movimiento para concretar las metas fijadas. También la casa tomaba ese movimiento porque no se vivía alejado de los intereses, de los gustos y desvelos del padre.

En una pequeña revista editada en Mendoza, encontré una reseña titulada: "Américo Calí, el hombre es lo que se siente"³. Tomo la frase porque pienso que sintetiza lo que mi padre fue. Aquello que siempre repetía: "el hombre es lo que se siente" se convirtió en acierto en él porque sintió la poesía y vivió como poeta, su gran anhelo fue tener libros y pudo tener libros, habitó su mundo con líricas figuras y vivió según lo que el soplo de su corazón le dictaba porque todo en él era canto interior, elevación de espíritu, transfiguración poética. Bajo estos designios condujo su vida.

Ya fuera de manera formal o informal, intercambiar la palabra creativa, la que nutría íntimamente, la que resultaba nueva, era una necesidad en él. En la conversación literaria se llenaba de gozo cuando descubría no sólo un concepto nuevo sino también cuando se renovaban ideas que parecían descu-

brir algo nuevo. Se mantuvo siempre dentro de los cánones clásicos del arte, tal vez, por su formación, por la elección de sus lecturas o, por razones de única preferencia o de naturaleza íntima.

Nueve libros componen su obra, de los cuales cinco dan número a la producción poética. Muchas de estas poesías están guardadas en nuestra memoria ya que las recitaba con frecuencia y hoy perduran en nosotros por la remembranza de la voz hablada. Recitaba no sólo las propias sino también las de otros poetas. Recuerdo, en este momento, el canto de Rubén Darío, de Leopoldo Lugones, de Horacio Rega Molina, de Pablo Neruda, de Jorge Enrique Ramponi. Ese canto surgía con una cadencia tal que la voz era sólo un instrumento porque la poesía, aunque no era la personal, provenía desde lo íntimo.

Sin ánimo de querer justificar, en forma amplia, una ubicación dentro de un grupo generacional o escuela literaria, lo que sería motivo de otra exposición -sobre todo por tratarse de un poeta de provincia-, quisiera expresar que algunos documentos de la historia literaria de Mendoza ubican a mi padre en "una generación intermedia entre la del 25 o generación de *Megáfono* y la de 1950"⁴. Quienes integraron la generación del 25 fueron, de alguna manera, sus mayores, sus maestros en la formación literaria y estética. Quiero mencionar el nombre de Serafín Ortega "reconocido como maestro indiscutido de mi generación", decía siempre.

No obstante, si la intención es situarlo dentro de un contexto más abarcador en la literatura argentina, pienso que por la coincidencia cronológica, por la sensibilidad y afinidad temática y formal, por la similitud de maneras para interpretar el mundo, por un profundo deseo de infinitud, mi padre estaba unido espiritual y poéticamente a la generación del 40 o generación neorromántica.

Con la idea de dar a conocer algunos de sus conceptos estéticos, reproduzco unas palabras que sustentan su poética:

"Siempre amé la forma, no sólo porque para mí es uno de los atributos permanentes del arte, sino porque lo exige mi propia naturaleza de canto, lujo que se relaciona con mi sentido armónico de la belleza (...)

Mis llamados versos libres -algún día los publicaré- están sujetos, si prolijamente se los analiza, a un interno rigor de preceptiva. Mi oído no tolera desajustes prosódicos. Se trata de un problema quizás secundario, pero en mí biológico y habrá que comprenderlo. Yo hubiera querido que este fenómeno no me sucediese, pero no puedo ser distinto de mi propia naturaleza"⁶.

Como manera de justificar estas palabras aludiré a un soneto, el que da inicio a *Herencia del árbol*, expresión no sólo representativa de su poesía sino también signo de madurez creativa por el manejo del lirismo y de la síntesis en la materia poética, signo de secreta alegría por la soltura en el dominio de la forma.

El soneto, ubicado en "La voz que vuelve", constituye un largo retornar después de aquellos que aparecieron en *Lauriel de estío*. Durante más de cuarenta años de creación literaria, la poesía sujeta a forma fue la manera de cubrir un cúmulo de ideas, de emociones, de íntimas vivencias.

Cuántas veces escuché:

"Regreso a ti soneto de la norma,
cárcel de libertad donde navego,
para vencer al agua tuve el fuego
y para hallarme en ti amé la forma.

**Si Góngora absoluto se conforma
con las sagradas leyes de tu fuego,
yo solo he de llegar adonde llego:
Góngora no, mas sí palabra y horma.**

**Eres mi latitud y eres mi abismo,
tu centro puede ser mi centro mismo,
número par en que me miro ciego;**

**alguna vez de mí serás memoria,
no quiere mi victoria otra victoria,
cárcel de libertad donde navego"⁶.**

Falleció mi padre un 22 de junio de 1982. Su muerte fue intempestiva. Una afección cardíaca contraída no hacía mucho tiempo detuvo su hálito y su poesía. En ese momento trabajaba en tareas de la profesión. Sus lentes y lapicera dejaron marcada una página de un Código Civil, más allá, como custodia de sus permanentes lecturas, una cuidada edición española de *Platero y yo* y *El criminalista* de don Luis Jiménez de Asúa a quien admiró y leyó durante toda su vida; lo había descubierto a los quince años con motivo de su visita a Mendoza sin saber que, más tarde, nutriría constantemente su pensamiento con las ilustres lecciones del jurista.

Un año antes, había sido nombrado miembro correspondiente de la Academia Argentina de Letras. Fue una forma de reconocimiento por tanta labor realizada.

Leyendo una obra sobre Naturalismo, advertí una frase sobre Emilio Zola que, involuntariamente, me produjo una suerte de acercamiento sobre lo que quiero decir de mi padre, allí leí: "buscador de verdad". Pienso que Américo Calí fue un buscador de la verdad, un buceador de la verdad a través de la belleza, que interpretó poéticamente la realidad en todos sus aspectos, ya fuera en el campo profesional, en lo político, en

lo social. Vivió -me atrevería a afirmar- sin tener conciencia de la necesidad de lo material, siempre decía: "lo importante es cultivar las cosas superiores de la vida".

A raíz de la defensa que asume de Martín Fierro en *Martín Fierro ante el Derecho Penal*, se lee en el último párrafo:

"Comprendo que éste es fallo de juez y defensor, que vale como decir fallo de juez y parte. Por eso mismo, acaso lleve encima la marca de la pasión y del error. Desde ya toda mi obediencia a quien quiera revocarlo"⁷.

Tomo estas palabras porque yo también me expongo a que lo dicho pueda "ser revocado" -dándole al término su dimensión metafórica- ya que el viso íntimo y el afecto filial, me pueden haber hecho caer en la vía subjetiva de la emoción, de lo personal, de lo entrañable.

Notas

1. Reinaldo BIANCHINI. *Carta personal*. 9 de junio de 1984.
2. Américo CALI. *Herencia del árbol*. Buenos Aires, Ediciones DONADEL, 1972. p. 7.
3. Revista *Viernes*, N° 8. Mendoza, Ediciones Sauro, 1982. pp. 14-15.
4. Nelly CATTAROSSO ARANA. *Literatura de Mendoza; (Historia documentada desde sus orígenes a la actualidad); 1820-1980*. T. I. Mendoza, Inca Editorial, 1981. p. 26.
5. Américo CALI. Extraído de documentación personal.
6. Américo CALI. *ob. cit.* p. 13.
7. Américo CALI. *Martín Fierro ante el Derecho Penal*. Buenos Aires, Abeledo-Perrot, 1979. p. 103.